
CONSEJO DE REDACCIÓN

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, P. Lucio Florio (La Plata), Francisco Bastitta, Dr. M. France Begué, P. Dr. Jorge Scampini o.p.

COMITÉ DE REDACCIÓN

Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, Mons. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Director adjunto: P. Dr. Lucio Florio

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

	3	Transmisión de la Fe
<i>Bénédicte Sere</i>	5	Elementos de una transmisión teológica de la fe
<i>Avery Cardinal Dulles</i>	15	Tradición auténtica e inauténtica
<i>Stefaan van Calster</i>	24	La Liturgia como un lugar privilegiado para la transmisión de la fe
<i>Lucio Florio</i>	39	La religiosidad popular en la transmisión de la fe
<i>Marie-France Begué</i>	53	Aportes para meditar el testimonio
<i>Andrea Sánchez Ruiz de Welch</i>	66	Jesús pro-existente
<i>Luis Baliña</i>	77	Tiempo de crisis, ruidos de línea
<i>Erich Kock</i>	82	Peter Wust, a sesenta años de su muerte

La Liturgia como un lugar privilegiado para la transmisión de la fe

*Stefaan van Calster**

La Liturgia no es ciertamente catecismo donde el contenido de la fe pasa de un modo sistemático. La Liturgia por el contrario, es “celebrar en una manera que supera a los signos. Es una acción del ‘Cristo total’ (*Christus totus*). La Liturgia quiere honrar a Dios, agradecer y alabar. En una palabra: celebrar con “signos y símbolos”. Aún si la Liturgia no es catecismo, sigue en pie nuestra afirmación: la liturgia es el lugar más conveniente y aún necesario para la transmisión de la fe, porque –como dice *Sacrosantum Concilium*–: es la fuente y la luz superior de la vida cristiana. En otras palabras: allí la fe es dada y alimentada. Aún con mayor vigor: sin liturgia, no hay fe y en consecuencia, tampoco hay transmisión de la fe. Trataremos de esto después.

Primero debe verificarse cómo “celebrando” funciona como celebración en la transmisión de un estilo de vida y de una actitud religiosa. Segundo, la atención es dirigida al hecho de que nosotros vivimos en una era de imagen y cultura de historia y cómo esto crea nuevas posibilidades para la liturgia como un lugar de la transmisión de fe en el judaísmo. Después, debemos tener también una visión de la fe como transmisión en el Judaísmo y concluir que esto sucedía dentro de un contexto litúrgico. Finalmente, la liturgia debe ser mirada desde un punto de vista teológico: nuestra salvación es realizada “ya”.

* Profesor de Teología Pastoral, Facultad de Teología, Lovaina.

“La celebración sacramental es un encuentro de los hijos de Dios con el Padre, en Cristo y en el Espíritu Santo”. Todo el artículo, desde un punto de vista pastoral, considerará constantemente la liturgia funcionando de un modo diferente frente al catecismo, en lo que concierne a la transmisión de la fe.

1. La función de “celebración”

Nos gustaría describir la pregunta sobre esto como sigue: ¿cómo es influida la transmisión de la fe por el contexto de la celebración del acontecimiento litúrgico? Aplicado, por ejemplo, esto significa concretamente ¿cómo funciona la homilía como comunicación en la liturgia? En otras palabras: ¿cómo es el uso de la homilía –dentro de una celebración litúrgica– benéfico para la comunicación de su mensaje? Por este camino, planteamos ahora la cuestión explícita de la propia vía de funcionamiento de la proclamación propia de la homilía en oposición a las otras vías de proclamación. Advertimos que precisamente lo propio de la homilía consiste en ser pronunciada durante una celebración litúrgica y realmente pertenece a la liturgia como parte integrante de ella.

En el decreto sobre ‘El ministerio y la vida de los sacerdotes’ (Nº 5), el Concilio Vaticano II afirma literalmente en tal contexto: “En la Santa Eucaristía están incluidos todos los bienes espirituales de la Iglesia, Cristo mismo, nuestro Cordero Pascual y el pan vivo que ofrece su vida –encarnado a través del Espíritu Santo y dando la vida– al pueblo, que así (los cristianos) son invitados y urgidos a ofrecerse a sí mismos, su obra y la creación junto con Él. Esto es por lo cual la Eucaristía es claramente la fuente y la suma de toda predicación”.

La celebración de la Eucaristía es considerada así la fuente y la suma de la proclamación y la transmisión de la fe. ¿Pero cómo opera eso?

Para toda celebración –también una profana– es determinativo que un acontecimiento, que es constitutivo de la comunidad, sea actualizado. Pensemos exactamente en un cumpleaños, la fiesta patronal de un amigo, una conmemoración de un matrimonio o de una ordenación.

En toda celebración está incluido un número de aspectos que siempre vuelven. Existe el pasado traído a la memoria, y el futuro, que es considerado con esperanza. En el presente –la celebración– ambos aspectos parecen culminar en un momento. Así toda celebración tiene una preparación y un retro-efecto. El objetivo final de la celebración no está incluido en ella. En la celebración, la gente quiere vivir lo más alto de su vida para dominar mejor el futuro que está esperando. Por un lado está separada está la celebración de la vida, porque ella rompe el ritmo diario, sin embargo es también esencial para una celebración estar conectada con la vida. Una real celebración, trae así una clarificación de la existencia, una interpretación de la vida. Además, en toda celebración, el pueblo que celebra parece ser soportado por la comunidad que celebra. Es en la medida en que uno está realmente implicado en una celebración, que la celebración concierne también a la vida. Estas pocas características de la celebración profana se encuentran también en la celebración litúrgica.

La transición desde el estar presente escuchando a estar tomando parte activa, de la ‘conmemoración’ de los acontecimientos de salvación, a ‘confesar activamente’, no se da sin embargo automáticamente en la celebración. Para hacer capaces a los creyentes a confesar (la fe en la celebración), las fórmulas de celebración deben tener valor ritual, deben ser llenadas con experiencia, y el creyente debe ser apto para situar su vida en la celebración. Debe ser apto para vivificar y experimentar algo.

El camino de la conmemoración a la confesión concierne a la identificación de ambas. Esto significa: ellas deben coincidir y amalgamarse juntamente. Para ello el participante debe considerar la ce-

lebración como su fin. El debe también sentirse llamado a ella. Tiene que estar envuelto en ella. Debe llegar a ser algo suyo.

Pero esta identificación es obstruida por la situación concreta de los creyentes que viven en inquietudes materiales. Aún más: el creyente experimenta una aguda oposición entre su experiencia cotidiana de ser no liberado y la franca y celebrada promesa de que la salvación ya está presente entre nosotros. La tensión entre querer celebrar 'ya' y 'todavía no', experimentando cotidianamente la salvación, forma un conflicto para ellos.

Este conflicto, sin embargo, puede provocar cuestiones y necesidades a partir de esta situación: provoca en la mayoría de los casos una necesidad de clarificación de la existencia. Esta necesidad debe ser llenada por la liturgia.

Hacer posible la identificación nos parece, dentro de este contexto, la función más importante de la celebración litúrgica. El mensaje, oído en las lecturas y en casas, debe ser interpretado diferentemente cuando uno reacciona orando y conformándose a él, de cuando uno empieza a discutirlos en un coloquio teológico.

Durante una celebración, un estilo o convicción de vida es aprobado fácilmente. Porque la liturgia es celebración, nos parece fácil lugar para la transmisión de la fe. En la fe queremos pensar más profundamente. En la celebración de la liturgia, la comunidad de los creyentes se reúne. De este modo se establece una comunidad: uno experimenta algo conjuntamente, y esto también es comunicación. Sin embargo, la comunicación no ocurre solamente por medio de lenguaje hablado. Puesto que una praxis común lleva a la experiencia común. Y así origina comunicación. Una comunidad hace tiempo para la liturgia: no tanto para discutir mucho, sino para dar gracias en común y alabar a Dios mediante ritos y símbolos. Uno vive así una experiencia común. Esta experiencia habilita a los creyentes de diferente origen social y cultural a abrirse al prójimo.

De hecho, mediante la experiencia común, es creada una situación de enseñanza para profundizar la fe y el comportamiento cris-

tiano. Último término de esta vía de pensamiento es que Dios puede ser experimentado en una cierta praxis y que Él nos hace conocer su voluntad a través de ella. En esta praxis común –la celebración de la liturgia– los fieles pueden entregarse en común a una vida cristiana, que tiene su origen en la liturgia y la proclamación cristiana.

Pero hay más todavía: el rito de la celebración litúrgica es también una ayuda en la transmisión de la fe. Tres normas de comunicación están envueltas en esto: la ritual como un acto simbólico, la pertenencia a la comunidad que celebra y la asimilación de principio en la formación de una convicción.

Porque la liturgia es un rito y un acto simbólico, es apta para establecer comunicación por vía de una acción simbólica. El rito y el símbolo no obran por la ‘razón’, sino a través de la parte figurativa del símbolo. En el rito y el símbolo, la profundidad de la dimensión religiosa de la existencia humana es puesta en experiencia. Con esto uno debe considerar que la comunicación tiene siempre dos aspectos: uno concerniente al contenido y otro concerniente a las relaciones. En toda comunicación, estos dos aspectos no deben ser separados uno de otro, sino que son complementarios. El lenguaje simbólico tiene fuerza expresiva y calor emocional. Da ciertamente sin fijarse demasiado fuerte. Abre además un amplio espectro de conexiones simbólicas. El individuo, como participante activo en la liturgia, es invitado en el espacio de asociación de esas imágenes y símbolos a formularse a sí mismo en sus propias posibilidades de lenguaje. Para el creyente que reacciona a esto, el lenguaje simbólico se abre a la posibilidad de crecer paso a paso en un lenguaje propio de la fe.

La transmisión de la fe puede ser considerada exitosa sólo en la medida en que, dentro de la comunicación de la fe, los aspectos ‘racional’ y ‘emocional’ son tomados en consideración

2. Cultura de la imagen e historia

La celebración litúrgica como lugar de transmisión de la fe tiene sin embargo otras ventajas. Se dice que hoy vivimos en una cultura de imágenes. Puesto que la liturgia es también ‘imagen’ e ‘historia’, nos parece el lugar franco para la transmisión de la fe.

2.1 Imagen

De acuerdo con algunos pedagogos de la religión, está sucediendo una revolución real que envuelve la cultura de la imagen: la nueva era de la cultura que se presenta tiene plena relación con la presentación múltiple de imágenes por televisión. De hecho –se dice– esas imágenes satisfacen el ‘hemisferio derecho’ (del cerebro) y desenvuelven un lenguaje adaptado para él. Un lenguaje que principalmente se dirige a la ‘intuición’ por medio de la dramatización y la historia figurativa. Este es el lenguaje que es entendido por la juventud en la era de los medios de comunicación. Es claro que esta cultura no estimula la lectura. Los términos abstractos y el razonamiento desaparecen de la vida. La razón es así menos solicitada. Pero algo está viniendo en su lugar: un lenguaje que conmueve al corazón. De hecho, esto significa que en esta cultura uno ha de llegar a la fe por vía de la *experiencia espiritual*, que no debe ser separada de una cierta emoción e imaginación. Así, ha de ser esencial, para la instrucción religiosa, conceder toda la atención a la educación del ‘sentimiento’ y la ‘imaginación’.

A fines de abril de 1990, Neil Postman del Departamento de Comunicación, Artes y Ciencias de la Universidad de Nueva York, pronunció una conferencia en la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) sobre la influencia de la televisión en los chicos y jóvenes en EE.UU. Sostenía que “el promedio de los niños norteamericanos contempla televisión desde los 18 meses. A los seis años de edad ya ha gastado 5.000 horas frente a la televisión. Esto es más de lo que

pasa junto a sus padres que trabajan afuera. Al fin de la escuela secundaria, la cifra de horas alcanza a 16.000, un número que sólo es superado por las horas que el joven norteamericano pasa en cama. Pero también en Bélgica esta situación se endereza en la misma dirección. En su plan pastoral para la provincia de Limburg, Mons. Paul Schruers escribe: “La descripción de la humanidad de muchos está determinada parcialmente por los medios. Un joven alcanza a 1.000 horas de televisión cada año, mientras pasa 920 horas en la escuela”.

Parece que estamos viviendo en una cultura de imágenes que ha sido construida por los *mass media*. De acuerdo con Neil Postman, hay sin embargo algunas influencias negativas de la televisión en la vida de los jóvenes y adolescentes. Resulta que en aquellos que miran televisión el hemisferio izquierdo está menos desarrollado, lo que los hace menos aptos para razonar y analizar. Además, se deterioran sus habilidades para la escritura y el lenguaje. Neil Postman habla del subdesarrollo del hemisferio izquierdo. Por otra parte, el hemisferio derecho puede ser desarrollado por la ‘liturgia’ y las expresivas anécdotas de la historia. En la futura instrucción religiosa el relato de la historia de la salvación y la vida de los santos, puede así ser más necesario que en el pasado. También todo el armarón litúrgico, con sus símbolos, actos, música y canto, pueden contribuir en parte importante a la instrucción religiosa y la transmisión de la fe. ¿No es entonces lamentable que, justo en la era de la ‘imagen’ nuestra liturgia haya decaído en una ‘liturgia de palabra’? ¿No es aquí donde reside la ruptura concerniente a la actual experiencia litúrgica? La obra de una buena liturgia consiste en primer lugar en influir el subconsciente: en esta vía aumenta el sentido de la belleza de Dios y del Misterio. Una transmisión de la fe que obre recíprocamente con la situación actual no debe sin embargo mantenerse tranquila en lo imaginario. Debe ser estructurada por las personas clave, como Jesús y Moisés, y los episodios clave, como el Éxodo. Hoy día debemos hablar de una doble estructuración de la fe:

- La dogmática (catecismo) por vía del hemisferio izquierdo;

· La simbólica (liturgia e historia figurativa) por vía del hemisferio derecho.

La síntesis de la fe debe ser así más difícil de transmitir en la forma de fórmulas abstractas. Por el contrario se vinculará mucho más fácilmente con el sentido del tiempo y la experiencia, en la forma de imágenes e historias. La base para esto es el hecho de un mejor desarrollado hemisferio derecho. En la liturgia el acento no debe estar puesto en la palabra hablada, pero debe haber algo que se experimente: está el canto, la música, la imagen, símbolos, color y aroma. En una palabra: la liturgia puede adaptarse perfectamente a la cultura de la imagen y puede volverse cada vez más el lugar apropiado para la transmisión de la fe. Pero esto no significa en absoluto que la liturgia se vuelva catecismo.

2.2 Historia

La liturgia es también historia y en consecuencia apropiada para la transmisión de la fe. Puesto que en la base del narrar residen ciertos pensamientos fundamentales. Primero, narrar es un método muy original de comunicar la realidad. Al narrar, el narrador lleva al auditorio a una realidad que era desconocida, oculta y cerrada a ellos. En la liturgia, la realidad es la de Dios actuando en la historia por medio de Jesucristo. Por el narrar, el proclamador comunica su propia fe y quiere transmitirla al auditorio.

La realidad de la fe es expresada con palabras por el narrador. Esta segunda característica no significa en absoluto la descripción de la realidad, pero el proclamador necesita, siendo un participante en la realidad, hacerla transparente por medio del lenguaje. El oyente, podemos decir, está en oposición a la realidad, mientras el narrador está en medio de ella. Desde esta situación, esta conexión a la realidad, él puede así investigar y ponerla en palabras.

Una tercera suposición fundamental del narrar es la de que el narrador parte de la convicción de que la realidad sobre la que ver-

sa la historia puede ser expresada inmediatamente mediante el lenguaje. Por la narración, el oyente es trasladado a esta realidad.

Después de todo la liturgia es también historia. Se relatan los grandes hechos de Dios para su pueblo y la vida de Jesús. Por este camino, el oyente, en la liturgia, obtiene la oportunidad de identificarse con la historia. Mientras escucha una historia, el oyente no es un participante pasivo, sino activo. Esto se puede ver mejor cuando se habla a niños. Ellos asumen, por así decirlo, un papel en la historia, porque tiene lugar una identificación entre el que narra y el que escucha. Con todo, como dijimos, la experiencia puede ser transmitida directamente por este camino. La historia dentro de la liturgia tiene también esa cualidad específica que no es una comunicación de verdad; pero ella envuelve al mismo oyente en la historia.

Puesto que la liturgia es en gran parte la historia de la acción de Dios, ella resulta ser el lugar más apropiado para la transmisión de la fe.

3. Introducción a la “Senda”: la transmisión de la fe en el Judaísmo.

Nadie puede negar que el judaísmo en la diáspora sobrevivió dos mil años. Parece interesante para esto señalar cómo la fe de Yahweh se ha transmitido de generación en generación. En este contexto se hace referencia a menudo a Proverbios 22,6. En él se lee: “Enseña al niño cómo debe ser su senda.” La “Senda” de un ser humano es entonces su vida, vista desde su destino final. Puesto que una vida no toma primero su mejor senda, ella está dirigida a un destino final. Es la tarea de la generación mayor dirigir a los más jóvenes en esto. En el judaísmo el primer lugar donde ocurre esto es la familia. El padre debe enseñar la fidelidad a Dios a su hijo. Él tiene primero que mantenerse y vivir él mismo, de modo que los hijos planteen su pregunta sobre la significación. Entonces el padre intro-

ducirá a los hijos en estos acontecimientos: “Ustedes deben mantener esta prescripción como una ley eterna para vosotros y vuestros hijos. También cuando vosotros llegéis a la tierra que Yahweh os ha prometido, de acuerdo a su palabra vosotros debéis continuar celebrando esa solemnidad”. Y cuando vuestros hijos contesten la pregunta: ¿qué debe significar esa solemnidad? Entonces debéis responderles: “Es una ofrenda de Pascua a Yahweh, porque en Egipto, El pasó de largo las casas de los israelitas: mientras El golpeó a los egipcios, dejó a salvo nuestras casas” (Ex. 12, 14).

La transmisión de la fe sucede aquí dentro del contexto de una celebración de la fiesta de Pascua. Es principalmente una ‘introducción’ de los niños a la historia de Yahweh con el Pueblo. El joven quiere con vehemencia ser envuelto en ella, de modo que pueda entender la historia como su historia. “Cuando vuestros hijos os pregunten luego: ¿qué significan todas estas órdenes, constituciones y prescripciones, que os dio nuestro Dios? Entonces vosotros debéis responderles: ‘Éramos esclavos del Faraón de Egipto, pero Yahweh nos condujo fuera de Egipto con fuerte brazo. Ante nuestros ojos, El golpeó al Faraón de Egipto y a su corte con grandes signos de espanto y maravillas’” (Deut. 6, 20).

Esto no concierne en primer lugar a una explicación o una aplicación de la obra de la historia de la salvación de Yahweh, pero incluye al hombre mismo a quien ella es dirigida, dentro de aquella historia. Ello fija la vida del que escucha aquí y ahora en Aquel, ‘que es el primero y el último’ (Apoc. 1, 18).

Con respecto al contenido, atañe principalmente a una historia: la descripción de la ocupación de Yahweh con el pueblo. En el centro de ella no está ni el hacer humano, ni la ética en absoluto, sino la ‘historia’, los hechos, la historia y su interpretación.

En este camino, dentro de una liturgia doméstica en una atmósfera de oración, la joven generación es introducida al camino. Sin embargo este camino debe ser enseñado.

La transmisión de la fe es aquí principalmente una introducción al camino. Así leemos en 1 Sam. 12, 23: “Yo les enseñaré el camino bueno y recto”. Y todavía: “Escucha, hijo mío, recibe mis palabras, y los años de tu vida se multiplicarán. En el camino de la sabiduría te he instruido, te he encaminado por los senderos de la rectitud” (Prov. 4, 10-11) De hecho es Yahweh mismo que enseña el camino y sabe cómo mantenerlo. “Las naciones van en su camino y dicen: ven, vamos a la montaña de Yahweh, a la casa del Dios de Jacob, entonces El nos enseñará sus caminos y nosotros marcharemos por sus vías” (Is. 2, 3).

Sintetizamos en tres ideas la transmisión de la fe judía. Primeramente, todo esto sucede dentro de un contexto de cultura. La generación mayor da el ejemplo y es fiel a ese culto. Ello provoca una pregunta de los jóvenes, que aparentemente pueden asistir desde el principio. El contexto que es transmitido, tiene que ver con la acción de Yahweh hacia su Pueblo. La historia pasa de generación en generación. Inicialmente ella no es ética sino ‘mensaje de salvación’. Por otra parte, surgen tareas de culto de este mensaje: agradece a Yahweh y continúa la celebración, así que no puede ser olvidado.

4. Transmisión de la fe por el encuentro con el Señor.

El catecismo y la liturgia guardan una cierta proporción uno con el otro. Catequistas y liturgistas convienen en que el catecismo desempeña un papel cervical y preparatorio comparado a la liturgia. El catecismo habilita al oyente a escuchar y celebrar con fruto la liturgia. En primer lugar tiene la objeción de la ‘enseñanza’, enseñar, obteniendo comprensión en forma sistemática. Ello es proclamación en la forma de educación. La liturgia, por el contrario, y también la homilía como parte de ella, requiere la educación y aspira principalmente a la ‘edificación’. “La liturgia contribuye en la mayor medida a esto, que la vida del creyente obtenga expresión y revelación del

Misterio de Cristo y de la verdadera naturaleza de la verdadera Iglesia ...Esta es la razón por la que la liturgia hace de los cónyuges un santo templo al Señor, un hogar de Dios en el Espíritu, hasta la medida que conviene a la plenitud de Cristo”. Lo que debe suceder durante la liturgia es preparado durante el catecismo. En el catecismo –podemos decir– se habla ‘acerca’ de Dios, mientras en la liturgia –si uno quiere entenderla correctamente– Dios es hecho ‘presente’. La homilía de la liturgia es pues una forma de revelación de Dios al pueblo de hoy, en la cual Él –inspirado por el pasado y dirigido con esperanza hacia el futuro– quiere dar forma a la historia.

En nuestra reflexión debemos subrayar que tener separados los diferentes géneros –liturgia, homilía y catecismo– puede resultar liberador y clasificador para el predicador y los creyentes. Esto no significa que el catequista no tenga que enseñar fuera de la fe. Por el contrario, no debe referir las historias bíblicas objetivamente. Porque entonces los niños las considerarán como hermosos cuentos de hadas. Lo que nosotros señalamos es una diferencia de acentuación en la objeción, no en el punto de partida. Así catecismo y liturgia tienen un vínculo estrecho uno con otro. Si el catecismo concede profundidad, entonces el camino a la liturgia es preparado del modo más eficiente, de tal manera que en la liturgia pueda tener lugar el encuentro con el Señor viviente. La Constitución sobre la Sagrada Liturgia lo formula de este modo: “El (Cristo resucitado) está presente personalmente en su Palabra. Porque El mismo está hablando cuando la Sagrada Escritura es leída en la Iglesia”(Sac. Concilium,7).

De las afirmaciones precedentes puede resultar claro que el material del catecismo y de la liturgia es el mismo, pero que el propósito puede ser diferente. Mientras el catecismo subraya el contenido del mensaje y el aspecto educacional de la instrucción religiosa, la liturgia quiere ser en primer lugar una actualización y realización de la salvación: el encuentro con el Dios vivo. “ La liturgia es lo más destacado a que aspira la Iglesia en toda su acción y también, la fuente de la cual brota todo su poder... Así corre hacia nosotros la gracia

desde la liturgia y en particular desde la Eucaristía como desde un manantial. Una gracia que, del modo más poderoso, realiza la santificación del pueblo y la glorificación de Dios en Cristo, que son el objetivo de todo otro obrar de la Iglesia.” (*Sac. Concilium*, 10)

“Para realizar esta obra tan excelsa, Cristo está siempre presente con su Iglesia, especialmente en la acción litúrgica.” (*Sac. Concilium*, 7)

Sin embargo, en la liturgia, Dios habla sobre sí mismo, que es el sujeto actuante dentro del acontecer litúrgico a través de la mediación de Jesucristo. Allí, Dios habla sobre su gloria, su plan de salvación en el mundo y sus actos de salvación en Jesucristo. Lo que es proclamado en la liturgia, puede también acontecer. Es hecho presente y ofrecido dinámicamente, efectivamente como “decisión”. En este sentido ha sido determinado que la liturgia no es una “aplicación” de la salvación. En primer lugar la liturgia ofrece, comunica. La proclamación es “un poder de Dios para aquellos que creen” (Rom. 1, 16). Todo esto sucede por causa de la resurrección y la fuerza del Espíritu Santo dado con ella. En la palabra de los “apóstoles” se habla de Dios mismo. Es “suceso”, “acontecimiento”. Dios mismo es entonces el sujeto de este acontecimiento.

Sin embargo esta teoría es interpretada demasiado unilateralmente por algunos autores, de modo que la tarea del ‘ministro’ es totalmente minimizada. Hacen aparecer que este “suceso” en la liturgia no debe ser permutado con ningún esfuerzo humano, y aún no debe depender de él en absoluto.

Para subrayar la acción de la liturgia, los autores hablan sobre el hecho de ser conmovido por una homilía. Como un acontecimiento en las “promesas y pretensiones de Dios”. Cuando Dios se dirige al pueblo, El se compromete en una promesa y pide una respuesta. Con esto se pone también el énfasis en el aspecto: liturgia como un acontecimiento. Pero hay así una tensión en la liturgia que no es previsible. Especialmente la tensión de que esta visión es considerada de decisiva importancia y sin embargo no puede ser forza-

da, porque aquí el Espíritu habla la última y decisiva palabra. Así la liturgia no puede ser planeada como un acontecimiento, aunque sí naturalmente como un ordenamiento. En el acontecimiento litúrgico, hay tres aspectos a distinguir: el contenido o eso que Dios mismo nos dice, el mensaje; luego, la actualización o el hecho de que esto sucede en la palabra y el signo presentes; y finalmente, la operación: o, que este acontecimiento nos afecta o toca en nuestra situación concreta.

La liturgia como un “acontecimiento” sólo puede ocurrir mediante el encuentro. Este encuentro no puede ser previsto o planeado ni en la educación, ni en la enseñanza. De hecho, esto significa que la liturgia puede crear condiciones para hacer posible el encuentro, pero no “provocarlos”. De parte del Señor Resucitado siempre está la invitación al encuentro. Sin embargo se es libre de aceptar este ofrecimiento de salvación. “Mas para asegurar esta plena eficacia, es necesario que los fieles se acerquen a la sagrada liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano (cf. 2 Co. 6,1)” (*Sac. Concilium*,11).

El resultado del encuentro en la liturgia es que la Iglesia se forma. Ciertamente la liturgia crea la comunidad. La gente incluso elige una cierta iglesia en razón de su liturgia.

“Verdaderamente la liturgia es entonces considerada como la ejecución del ministerio sacerdotal de Jesucristo, en la que la santificación del hombre es realizada y llevada a cabo por medio de signos perceptibles –de un modo que es apropiado a cada uno de ellos– y en lo que la adoración pública es cumplida enteramente por medio del Cuerpo místico de Jesucristo, Cabeza y Miembros” (*Sac. Concilium*,7).

“En Cristo la Iglesia es por así decir el sacramento, lo que significa el signo y el instrumento de la íntima unión con Dios y de la unidad de toda la raza humana” (*Lumen Gentium*,1).

Conclusión

La liturgia es el lugar privilegiado y necesario donde puede tener lugar la transmisión de la fe. De cualquier modo, ella es la 'fuente' de toda vida cristiana. Y en ella ocurre ya ahora el encuentro con el Señor viviente. Aparte de esto, la liturgia es la celebración en historia e imagen, es el lenguaje que puede ser entendido por la juventud en la era de los medios de comunicación.

Traducción: Alberto Espezel Berro